

LAS DOS ORILLAS HISPANOAMERICANO:

Héctor Perea

“Lo cierto es que México es y ha sido el único país confesadamente amigo de Madrid. Puede discutirse la técnica de la amistad, pero no la amistad misma: es uno de los rasgos más generosos de México. Pero un rasgo no es la generosidad misma; es, apenas, un paso, un primer paso. Y yo quisiera que usted encabezara un movimiento para que México siga siendo generoso con España y ya no en un terreno que por ser político, es discutible, sino que por ser humano, está a salvo de toda sospecha o mala interpretación.

“Con el triunfo de los militares queda afuera, desamparado, sin recursos, sin país, un puñado de españoles de primera fila, valores científicos, literarios, artísticos y, por añadidura, de ejemplar calidad moral.”¹

En estas breves líneas, Daniel Cosío Villegas sintetizaba, y anticipaba al mismo tiempo, la idea que sobre el exilio español afincado en México promovería el gobierno del general Lázaro Cárdenas. Y digo que anticipaba la parte esencial de esta idea puesto que Cosío Villegas proponía lo anterior en octubre de 1936, cuando buena parte de la prensa mexicana daba por un hecho —falseando las informaciones reales y objetivas— que Madrid, o sea la República, ganaba un terreno político que en verdad iba perdiendo sin remedio. La gestación de esta propuesta de amistad había tenido lugar en una ciudad, como la de México, majestuosa en su arquitectura del siglo XVIII, construida y reconstruida como ésta sobre ruinas y vinculada además, a través de la historia de la tiranía y de la lucha independentista moderna con el país americano, gracias a Martín Luis Guzmán, conspirador confeso, desde España y con la velada aprobación del gobierno de Manuel Azaña, contra la dictadura de Antonio de Oliveira Salazar.² Me refiero desde

¹ Clara E. de Lidá. *La Casa de España en México*. México, El Colegio de México, 1985, pp. 27-28.

² Guzmán convencerá a Manuel Azaña, en algún momento de su primer periodo al frente del gobierno de la República, de la conveniencia de aportar dinero para la compra de armamento que serviría a los opositores a la dictadura de Oliveira Salazar. Cierta renuencia al interior del gobierno mismo, y la franca negativa por parte de Azaña de violentar las opiniones de sus allegados, frustrarán la entrega por parte del gobierno del millón de pesetas solicitado —dinero que se conseguirá a final de cuentas, por otras vías y bajo distintas condiciones, tardíamente. Resulta muy revelador, sin embargo, el hecho de que Guzmán continuara en Europa conspirando no sólo por la causa mexicana sino por la causa libertaria como concepto universal, igual que lo había hecho su propio personaje biografiado Javier Mina. Su relación con los rebeldes portugueses parece haberse iniciado en París, durante los meses en que Guzmán vivió exiliado, entre agosto de 1926 y octubre de 1927, y que produjeron gran parte de sus *Crónicas de mi destierro*.

En febrero de este último año, en la capital francesa, de la fusión de varias corrientes políticas adversas a la dictadura portuguesa nacería la Liga de Defensa la República, entre cuyos dirigentes figuró el reconocido escritor Jaime Cortesão. Y a Cortesão es a quien indicaba Guzmán se entregaría el dinero solicitado a la República española. Sin embargo, es probable que no fuera a la mencionada Liga, prácticamente disuelta para 1931, a la que serviría el arma-

mento a Lisboa, donde Daniel Cosío Villegas fungía como embajador. Allí el mexicano se había reencontrado con el historiador Claudio Sánchez Albornoz, representante del gobierno republicano en Portugal, en los momentos en que éste sufría ya un claro boicot por parte del gobierno portugués. Y es importante señalar que el referido no era un primer contacto sino un reencuentro, ya que ambos se habían conocido en Madrid en 1932, año del abortado levantamiento militar del general José Sanjurjo contra la República, el nombramiento de Oliveira Salazar como Primer Ministro y la publicación de uno de los más bellos y olvidados libros de Martín Luis Guzmán, libro lleno de páginas con tintes autobiográficos que hermanaban a estas dos orillas del mundo hispanoparlante y que en el título con que apareciera por entregas, en la prensa peninsular, condensaba pasado y futuro de nuestras historias libertarias: *Javier Mina, héroe de España y de México*. Pero también esos meses resultarán fundamentales para el ulterior exilio hispano en México, ya que Cosío, estudiante de economía en universidades sajonas, llevó por entonces a España el proyecto de creación de una editorial enfocada a la producción de libros especializados en ciencias económicas y sociales, materias marginadas por entonces tanto en la Península Ibérica como en Argentina, el otro gran polo editorial en lengua española. El rechazo al proyecto por parte de Ortega y Gasset y en general del medio editorial hispano hizo que Cosío, de vuelta en México, en el año de 1934, promoviera la fundación del Fondo de Cultura Económica, enorme paso en la independencia editorial mexicana y que algunos años después se convertiría además en el entorno privilegiado, junto con la Casa de España en México, de buena parte del exilio intelectual de la Guerra Civil.³ El Fondo de Cultura Económica sería también un foco de expansión clandestino de muchos de los más renovadores autores así como de ideas prohibidas en la España franquista.

En su origen, el proyecto de Cosío Villegas parecía apenas un pequeño esbozo cultural, muy de acuerdo con esa primera

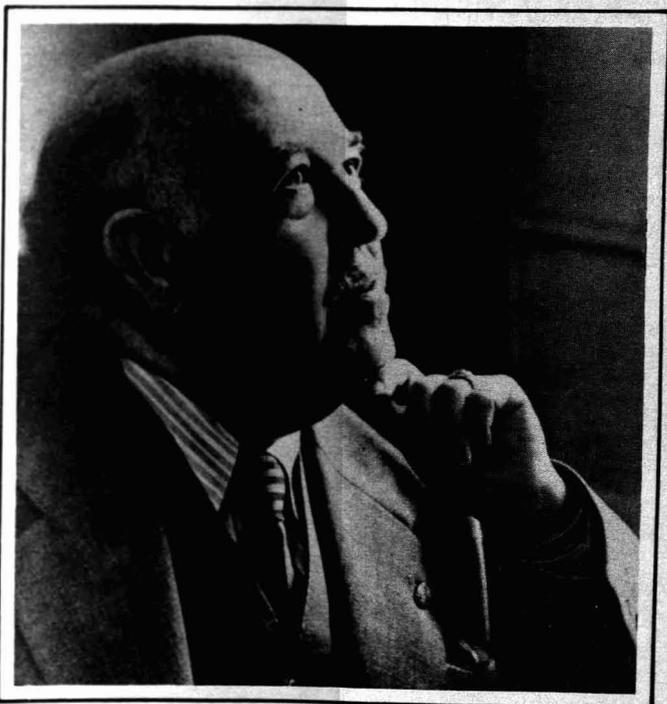
mento, sino a otra agrupación política. Véase entrevista inédita concedida por Guzmán a Eduardo Blanquel, mayo de 1971 (Archivo de la Palabra). Otra paradoja más vinculada a este triángulo histórico y cultural: José Sanjurjo, originalmente condenado a muerte a causa de la insurrección antirrepublicana por el comandada, se vería obligado al exilio político en Lisboa. Y moriría en Estoril, al caer el avión que lo conducía de vuelta a España para unirse a las tropas sublevadas en 1936.

³ Véase: Enrique Krauze. “El Fondo y don Daniel”, en *Libro conmemorativo del primer medio siglo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 13 y ss. Resulta interesante señalar que ya para 1932 José Ortega y Gasset, pieza central en la asimilación del exilio mexicano a España, se convirtió también en la principal barrera que impediría a Alfonso Reyes publicar sus libros en Calpe (véase: Barbara Bockus Aponte. *Alfonso Reyes and Spain*, Austin, University of Texas, 1972, p. 106 y ss.)

DEL EXILIO : ANTICIPOS Y OLVIDOS

y engañosa impresión que los españoles republicanos tuvieron de lo que sería necesariamente, en duración temporal, su exilio. Pero éste era ya desde el primer momento, por su alta calidad, un auténtico *proyecto de cámara*, si se me permite el símil. Basta mencionar la lista inicial de invitados sugerida por Cosío para ser atraídos por el gobierno de Cárdenas, así como el engrosamiento posterior de la misma, para entender el valor y la trascendencia que ya comenzaba a tener la iniciativa. Intelectuales, artistas, médicos, científicos, diplomáticos, musicólogos conformaban este grupo; Fernando de los Ríos, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal, Enrique Díez-Canedo, Luis de Zulueta, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, Dámaso Alonso, Tomás Navarro Tomás, Juan Ramón Jiménez, José Gaos, Joaquín Xirau, Adolfo Salazar, Jesús Bal y Gay.... También en su origen, el proyecto no contempla la creación de instituciones específicas para recibir a los españoles invitados, ya que lo más lógico era asimilarlos al movimiento de la Universidad Nacional y otros centros de altos estudios ya creados —lo cual, de hecho, se llevó a cabo en buena medida.⁴ Al breve tiempo, sin embargo, se vio la necesidad de fundar una institución que, llamada en ese momento la Casa de España en México y más adelante —por

⁴ Véase al respecto: María Luisa Capella (compiladora). *El exilio español y la UNAM (coloquio)*. México, UNAM, 1987.



Alfonso Reyes

obvios motivos políticos y en medio de un exaltado nacionalismo— El Colegio de México, constituyera algo nuevo y más afín al espíritu que se buscaba recrear en el país americano. Este espíritu que no era sino la ampliación del que irradiaran en los mejores momentos de la República —y desde mucho antes— la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos, El Ateneo Científico y Literario en España; pero también, tres antecedentes mexicanos seriamente afectados por los avatares revolucionarios: la Sociedad de Conferencias, el Ateneo de la Juventud —su continuador— y la Universidad Popular, y uno nacido de la confluencia entre éstos y la Revolución misma: el proyecto vasconcelista de difusión masiva de la cultura.

Uno de los factores clave en la casi perfecta asimilación de esta primera avanzada de la intelectualidad española en el México cardenista parece ser el modo en que se enfocó la cultura, en todas sus manifestaciones, y, sobre todo, su forma de proyección extramuros de las instituciones que la promovían o estudiaban. Tanto los proyectos mexicanos, que encontrarían su culminación, literalmente, en los instantes más álgidos de la primera etapa de la guerra intestina, como los hispanos, nunca condenaron la calidad de la enseñanza al hacer extensivo el conocimiento científico y humanístico de manera popular. Ambos proyectos, además, vieron como un medio fundamental del proceso educativo a la conferencia y a su plasmación por escrito en los libros.

El triunfo en 1933 de la candidatura presidencial de Lázaro Cárdenas —año en que, por otro lado, la Segunda República sufrió un duro revés— vino a consolidar en México, entre otros proyectos que tenían como centro de atención a la clase popular, uno de educación socialista que venía gestándose ya desde tiempo atrás. Nebuloso en sus postulados y complejo en su operatividad, el mencionado proyecto se echaría a andar, en una coincidencia nada fortuita, al año siguiente; o sea, en el momento en que nacía el Fondo de Cultura Económica y una agrupación mexicana cercana —desde el punto de vista político, no tanto del artístico— a la Segunda República: la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), que luchaba contra el desarrollo del movimiento fascista. De esta manera, las distintas piezas del mecano sociocultural que llegaría a armarse con la amplísima colaboración en tierras americanas, aún impensada, entre México y España, comenzaba a adquirir cuerpo histórico. Un par de años después, como ya indiqué, la idea de Cosío Villegas no haría sino acrisolar toda esta amalgama de inquietudes, necesidades imperiosas y propuestas nuevas llenas de la mejor tradición política y cultural.

Con todas las matizaciones necesarias, pues aunque similares los diversos conceptos de educación popular tenían muchos



puntos de conflicto,⁵ la Casa de España en México desarrolló dentro del sistema cardenista de educación, y más precisamente de extensión cultural, un amplio programa de conferencias en la Ciudad de México y en provincia. Ciudades como Morelia, San Luis Potosí, Guanajuato, Guadalajara e incluso Monterrey, lugar de nacimiento de Alfonso Reyes y considerado como eminentemente industrial, recibieron toda una avalancha de miembros de la Casa.⁶ Asimismo, la edición de los trabajos leídos, así como de libros de la más variada estirpe, fue algo prioritario para la institución. Cabría aquí señalar algunos de los temas abordados por los conferenciantes: el mundo de Goya, folklore musical, la nueva física, la nueva biología, música moderna, poesía integral, anatomía patológica, teatro, medicamentos sintéticos, literatura francesa y española, crítica de arte, literatura y filosofía, psicología, latín, sociología...

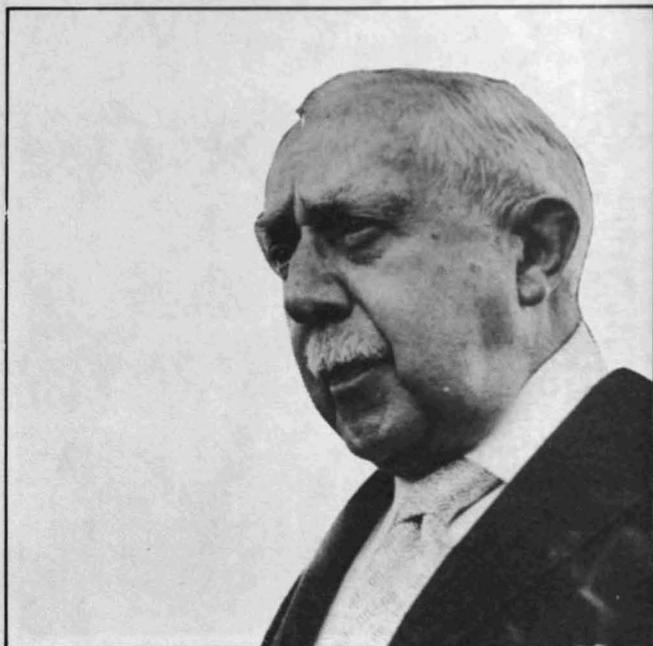
El catálogo del Fondo de Cultura Económica resulta también una muestra palpable del trabajo desarrollado por el enorme equipo hispanomexicano dedicado al área editorial. Y yo destacaría, de esta labor, dos apartados fundamentales en los que casi todos ellos intervinieron sin descanso y cuya principal característica es el casi anonimato: esto es la traducción de libros técnicos o muy especializados y el cuidado de edición. En los tipos gráficos de menor puntaje de los libros del Fondo de aquellos años, referidos a estos campos, se ven cotidianamente los nombres de Cosío Villegas, Alfonso Reyes, Eugenio Imaz, Ernestina de Champourcin, Adolfo Sánchez Vázquez, José Bal y Gay, Wenceslao Roces, Francisco Giner de los Ríos, Joaquín Díez-Canedo, José Moreno Villa, Luis Recaséns Siches, José Gaos. Y ni qué decir del trabajo desarrollado en las áreas de la tipografía y el diseño, así como en el taller de impresión.

El mencionado proyecto de educación socialista, que, sin especificaciones claras, buscaba superar limitaciones del modelo liberal, dar mayor peso a la escuela en función del "cambio social" e impulsar el nacionalismo y el populismo,⁷ cayó, para-

dójicamente, en la vieja trampa del sistema político mexicano que podía haber dado muerte también a los proyectos de Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes en relación con la integración del exilio intelectual y artístico español. Al terminar su mandato Lázaro Cárdenas, los rasgos nebulosos y conflictivos del proyecto educativo terminaron por transformarlo a fondo en pocos años. Sin embargo, al separar la Casa de España en México de los apoyos políticos del momento y, en una jugada maestra, transformar la institución en un claro proyecto nacionalista con sustento propio, la rica convivencia hispanomexicana se consolidó. El Colegio de México sería ya la imagen más cercana a esa idea apenas esbozada al inicio de la Guerra Civil; era también el lugar ideal para que Cosío y, ante todo, Reyes, presidente hasta su muerte de la institución,⁸ casaran a la perfección dos exilios únicos y sin los cuales no se entenderían hoy en día muchos de los rasgos políticos y culturales de México y España.

Si como dije antes el contacto de Cosío Villegas con Sánchez Albornoz en Lisboa, este reencuentro intelectual y político con tintes simbólicos, fue el desencadenante de todo el proceso de asimilación hispana en el México cardenista, este mismo proceso no sería a final de cuentas sino otra suerte de reencuentro revolucionario. En la lista de asistentes mexicanos a una de las comidas en honor del exilio español llegado a

⁸ De hecho, este cargo fue el primero que Reyes tuvo al volver definitivamente a México en febrero de 1939.



Daniel Cosío Villegas

⁵ Uno de estos puntos de conflicto era la desmedida importancia que para la educación cardenista tenía el aspecto ideológico.

⁶ Resulta interesante contrastar el programa de conferencias ideado para la provincia mexicana, por parte de la Casa de España, con uno de los proyectos de descentralización cultural más ambiciosos —y a la larga, fracasado también a causa de las infiltraciones políticas— de la educación socialista: las Misiones Culturales (véase: Ernesto Meneses Morales. *Tendencias educativas oficiales en México, 1934-1964*. México, UIA, 1988, pp. 86-88).

⁷ Cfr. Gilberto Guevara Niebla. *La educación socialista en México (1934-1945)*. México, Ediciones El Caballito-SEP, 1985; así como, en relación con los aspectos ideales y poco realistas de la educación durante el régimen cardenista: Jorge Cuesta. "La enseñanza obligatoria". *Poemas, ensayos y testimonios*. V. México, UNAM, 1981. pp. 46-48.



México figuran algunos nombres ligados a la España republicana: Octavio Paz, Carlos Pellicer; pero también otros que habían estado vinculados físicamente al país desde mucho tiempo antes de la instauración de ésta: Enrique González Martínez, Guillermo Jiménez, Francisco Orozco Muñoz, Manuel Tournier. A lo largo del proceso de asimilación del exilio hispano, otros nombres de mexicanos destacarían también: Isidro Fabela, Genaro Estrada. Y otros más, en una asimilación distinta pero complementaria, como Martín Luis Guzmán, quien acogió en sus proyectos editoriales a uno de los más extraordinarios librerías y editores de la España de preguerra: Rafael Giménez Siles. Insisto en el término presencia física ya que, si bien no todos los mexicanos aquí mencionados vivieron en España, algunos ni siquiera pasaron por ella, sí todos ellos, y muchos otros, participaron en algunos de los proyectos culturales y en las publicaciones españolas más relevantes de entonces, o figuraron dentro de los centros de investigación y altos estudios o, incluso, en la toma de decisiones políticas del gobierno republicano. Fue tan intensa la participación de algunos mexicanos en la vida sociocultural hispana durante los treinta años de este siglo que precedieron al estallido de la Guerra Civil que, en sentido estricto, podría apuntarse que el primer español ilustre invitado por el gobierno de Lázaro Cárdenas a colaborar con la cultura mexicana fue el mismo Martín Luis Guzmán, novelista, revolucionario en México, independentista y republicano activo en Francia y España, país,

este último, del que había adquirido la naturalización. Guzmán volverá a México sólo unos cuantos meses antes de la caída de la Segunda República. Dos veces exiliado en Madrid, este colaborador y amigo personal de Pancho Villa fue la eminencia gris en la conformación de la llamada prensa azañista y por lo mismo llegó a dirigir —el año del mencionado reencuentro en Lisboa— dos de los más importantes periódicos de inspiración orteguiana: *El Sol* y *La Voz*. Guzmán había sido ya tertulio de Azaña en el Café Regina durante su primer exilio español de 1915-1916 y atestiguó la victoria republicana en 1931. Fue además colaborador de otra publicación fundada por Ortega: el semanario *España*, del que más adelante sería representante comercial en Nueva York. También escribió para la *Revista de Filología Española*, la *Revista de Occidente* y diarios tan disímiles como *El Debate* y *Ahora*. Esta participación de un mexicano en asuntos de orden vital para la España de entonces no fue algo fortuito, ni mucho menos se debió a la influencia o calidad moral o literaria de un escritor solitario. Detrás había toda una estela de colaboraciones culturales, de interrelaciones en las que tuvo que ver tanto el Estado español como la intelectualidad hispanomexicana a través de una campaña perfectamente orquestada.

El documento de Cosío Villegas que abre este artículo, tuvo un antecedente, apenas a veinte años de distancia, que hermanaría dos exilios producto de dos guerras intestinas de resonancia mundial. En 1915, el semanario *España*, a través de una carta abierta, había hecho eco de las inquietudes de una buena parte de la intelectualidad española en relación al desamparo, al exilio automático en que caía de pronto un grupo de mexicanos al ser desconocidas sus funciones diplomáticas por el gobierno de Venustiano Carranza. Cosío hablará en 1936, como ya se ha dicho, del desamparo de “un puñado de españoles de primera fila, valores científicos, literarios, artísticos y, por añadidura, de ejemplar calidad moral”. El texto del semanario *España*, tan cercano al del mexicano y que figuraba sin firma pero bajo la velada sombra de Ortega y Gasset, decía:

... es un hecho que las convulsiones mejicanas han traído al regazo español algunos hombres de aquella tierra dotados de excelentísimas fuerzas intelectuales y morales: son literatos, artistas, técnicos, etc.⁹

Ambos casos cargaban como un sino ineludible —podría haber agregado Alfonso Reyes— el peso de la victoria castrense. Y el



Martín Luis Guzmán

⁹ *España*, 2-XII-1915, p. 5.



redactor anónimo de *España* concluía esta breve nota sobre el recién surgido transtierro mexicano con esta conclusión:

El desorden fatal de su patria los ha puesto impensadamente en difícil situación ante la vida. ¿No sería una obra dignamente española tratar a esos mejicanos en destierro de modo que España no sea tal destierro para ellos sino una ampliación de su pueblo?¹⁰

Este último aspecto es justamente el que Enrique Díez-Canedo señalaría, en 1938, como lo más distintivo del traslado y asimilación a México. La nueva tierra los recibía de forma que ésta no significara sino una extensión de la tierra abandonada. Los españoles en México, como los mexicanos en España, pudieron, en palabras de Díez-Canedo, continuar su "diaria labor",¹¹ su trabajo alrededor de la cultura de la que irremediablemente se habían alejado pero que en adelante no haría sino continuar desarrollándose en el mejor contexto posible. Paradójicamente, en el contexto del exilio. Las dos propuestas tuvieron una misma intención: no considerar a los refugiados como tales ni mantenerlos a base de pensiones, sino asimilarlos efectivamente a la vida cultural del país anfitrión, aprovechando así todas sus virtudes. La diferencia formal entre los dos procesos de integración fue que el español partió de una propuesta dentro de las Cortes; luego la misma se deslizaría naturalmente hacia la idea antes mencionada. La mexicana siguió el camino inverso. Ambas propuestas, no obstante, confluirían en el mismo punto: se buscaba rescatar la calidad humana, con todas sus características profesionales y morales.

Si Cosío fue la pieza clave, el conquistador moderno de la idea del exilio como algo superior al tópico que lo veía sólo como otra desventura más de la Guerra Civil, Alfonso Reyes sería el catalizador, el motor que dio vida efectiva a los dos movimientos. El nombre de Reyes no aparecerá públicamente relacionado con la Casa de España sino hasta principios de 1939; sin embargo, él estuvo ligado al proyecto desde los trámites iniciales; y de hecho, lo había estado desde varios lustros atrás.

Alfonso Reyes, al poco tiempo de abandonar —sin en verdad hacerlo— España, fue el intermediario entre Valle Inclán y el presidente Álvaro Obregón para salvar de la miseria, aunque fuera momentáneamente, al autor de las *Sonatas*; de igual forma, lo primero que hizo Reyes al estallar la Guerra Civil fue ofrecer su casa de México a Ortega y Gasset y a Juan Ra-

món Jiménez, así como procurar un apoyo editorial al olvidado Ramón Gómez de la Serna.¹² Por otro lado, sería él quien sugiriera las modificaciones estructurales que definirían la personalidad académica y el prestigio de El Colegio de México.

Pero además, durante los años previos a la Segunda República, como indicara Genaro Estrada un poco en broma y otro poco en serio, para los mexicanos e hispanoamericanos en general hablar de Madrid fue referirse concretamente al Museo del Prado y a Alfonso Reyes, sin más. Reyes, transterrado desde su primera salida de México como diplomático, fue el puente que permitió la difusión de muchas de las ideas del destierro mexicano en España. Su enorme influencia en grupos, personajes y publicaciones ayudó a que en esa tierra se ventilara sin cortapisas todo lo referente a la literatura, el arte o la política mexicana, tanto por parte de mexicanos como de españoles. Gracias al decidido apoyo de Ortega y de buena parte de la intelectualidad española que más adelante constituiría parte medular del exilio en México, el devenir del movimiento revolucionario adoptó en la Península todas las gradaciones posibles del claroscuro. Fue goyesco, en sentido *negro*, en las planas de algunos diarios de variado tono, y claro y luminoso en publicaciones literarias como *Cervantes*, *Grecia*, *Índice*, *Revista de Occidente*, *La Gaceta Literaria*. Es una actitud que anticiparía a la de tantos españoles refugiados que llevaron siempre a costas la sombra de la guerra y del país abandonado; mexicanos como Luis Cabrera, Guillermo Jiménez, José Juan Tablada, Isidro Fabela, José López Portillo aludirían en publicaciones peninsulares a distintos aspectos de la Revolución Mexicana. Pero otros como Francisco A. de Icaza, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, Carlos Pereyra, Francisco Orozco Muñoz analizarían además la literatura española, traducirían autores franceses, alemanes e ingleses inéditos en nuestra lengua, actualizarían las páginas de política mundial de los diarios hispanos durante aquellos años anteriores a la Guerra Civil. Luis G. Urbina, Reyes nuevamente, Amado Nervo, dejaron su retrato poético de España como Diego Rivera, Jesús Acevedo o Ángel Zárraga lo concebirían a través de la plástica. Esta rica actividad, apenas esbozada aquí, fue el anticipo necesario y muchas veces obviado o desconocido, la preparación del terreno de cultivo para todo lo que José Moreno Villa, León Felipe, Luis Cernuda, Gonzalo R. Lafora, Agustín Millares Carlo, Arturo Souto, José Gaos, María Zambrano y tantos otros españoles del exilio aportarían en su momento, abierta y gustosamente, a México. ◇

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Clara E. Lida. *Op. cit.*, p. 74.

¹² En relación con las amistades españolas de Reyes, véase: Barbara Bockus Aponte. *Op. cit.*